

COLÓN ANTE LA DIMENSIÓN AMERICANA

por Pedro Mairal

DE PARAÍSO TERRENAL A INFIERNO VERDE

Cristóbal Colón, en su *Diario de a bordo*, expresa su impresión ante lo que llamaremos «la dimensión americana». Una dimensión nueva para los españoles, una inmensidad de territorio, una distancia inconcebible y, como dice Sarmiento, «fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo».

La distancia está muy presente en el texto por ser éste un relato sobre el descubrimiento de tierras y mares desconocidos, sobre exploraciones en constante movimiento.

Colón recorrerá vastas regiones impulsado por los sueños, la codicia del oro y por anexar nuevos reinos y rutas a España. Más tarde, la dilatación de las tierras descubiertas será tal que habrá conquistadores que pierdan o ganen geografías en apuestas de juegos de azar. Muchos terminarán muriendo en la inmensidad americana, en este «infierno verde» que había sido llamado «el paraíso terrenal». Al relatar sus viajes, ya no les alcanzará con medir la tierra en leguas y tiros de arcabuz, tendrán que hacer nuevo uso del lenguaje para no disminuir el tamaño de sus descubrimientos.

Veremos, entonces, a un iniciado en la nueva



dimensión: Colón, un navegante, un hombre de mar, que luego fue seguido por Cortés, un conquistador, un hombre de tierra. Primero fueron las naves, luego, los caballos.

EL DIARIO DE A BORDO DE COLÓN

Y me ordenaron que no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra a andar, sino por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos que haya pasado nadie.

Así, al prologar su diario, Colón nos introduce en lo nuevo, nos cuenta que hizo algo no acostumbrado: tomó una ruta distinta y desconocida y fue el primero en hacerlo.

Poco más de un mes después de la partida, el almirante comienza a mentirle a la gente respecto a la cantidad de leguas navegadas cada día:

Domingo 9 de septiembre. Anduve aquel día 19 leguas y acordé contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese largo no se espantase ni desmayase la gente.

Para entender esto conviene las palabras que Arciniegas escribe en *Biografía del Caribe*:

Para la muchedumbre de campesinos, carpinteros, herreros, panaderos, pastores, que en su vida sólo han conocido la plaza del pueblo y los sermones del cura, los asnos que llevan las botijas de aceitunas y los toncles en que el vino reposa, el horno en que se cuece el pan, la iglesia donde se recibe el bautizo y el cementerio donde se duerme en paz, cruzar los mares salados en semanas y semanas de no ver sino aguas de color, es cosa de maravilla.

Si pensamos además que estas personas no compartían el anhelo ni los sueños de Colón, comprendemos por qué comienza a mentirles. Si habían navegado anteriormente, lo habían hecho en el mar Mediterráneo que ofrece cierta contención por ser un mar cerrado y pequeño en comparación con el océano Atlántico.

Vemos así que algo extraño comienza a suceder con la percepción de la distancia. Existiría la distancia real que conoce Colón, la distancia que les es dicha a los marineros y la que estos realmente perciben. *Por manera que escribí aquel viaje por dos caminos: el menor que fue el fingido, y el mayor el verdadero.* Es allí donde vemos que se ha salido de la dimensión europea y se ha entrado en otra nueva.

Abel Posse, en su novela *Los Perros del Paraíso*, dice que, al zarpar, el horizonte espacial-histórico fue quebrado por la proa de la Santa María. Posse logra pintar la angustia y la espera del viaje creando un mar que es todos los mares en un tiempo donde están presentes todos los tiempos. Colón, sin un propósito literario, nos muestra la creciente desesperación con la mentira diaria y con anuncios de tierra que ve un mes antes de llegar a ella; ve pájaros que, según entiende, no se alejan más de veinticinco leguas de la costa, ve hierba flotando y dice que el agua estaba menos salada. La distancia era demasiada para estos hombres europeos y Colón lo sabía, pero su sueño lo impulsaba a aventurarse.

En esta falsedad vemos ya la desmesura americana gestándose: los marineros sienten que navegan más leguas de las que les dicen que han navegado, Colón siente que no puede decirles realmente toda la distancia que recorren. Han andado setecientas leguas desde las Canarias y él

les dice quinientas ochenta. De esta manera cambian de clima y ven moverse las estrellas. La gente comienza a murmurar que allí ya no habrá vientos para volver a España. El anhelo por ver tierra los hace verla en unas nubes acostadas sobre el horizonte el día 25 de septiembre. En realidad para ello faltan más de dos semanas. El miércoles 10 de octubre, Colón dice:

Aquí la gente ya no lo podía sufrir; quejábanse del largo viaje, pero yo los esforcé lo mejor que pude dándoles buenas esperanzas de los provechos que podrían haber, y añadía que por demás era quejarse, pues yo había venido a las Indias y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor.

Vemos la confianza que se tenía Colón, su obstinación, su ignorancia de que se toparía con un continente en medio de su ruta, la fatiga de los marineros.

Con la llegada, comienza una nueva etapa en el diario: la etapa de intentar describir el Nuevo Mundo con palabras del Viejo Mundo. Como dice Arciniegas, Colón comienza entonces a hacer poesía. La primera expresión de Colón ante la inmensidad es del domingo 14 de octubre:

...y vi tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomados me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de cien.

En ese *tantas y tantas* se percibe bien el asombro, la angustia ante la enormidad de lo hallado, la sensación de lo inaprehensible que tiene el descubridor superado por el descubrimiento. La solución del almirante ante esta gula de posesión es un tanto negligente: *Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla que no tomase posesión, aunque tomando de una se puede decir que de todas.* Así comenzarán a sucederse las islas que Colón califica de *muchas, grandísimas, infinitas, innumerables*. Algunas, según los nativos, no pueden ser rodeadas con la canoa en diez días.

Miércoles 14 de noviembre. Me maravilló ver tantas islas y certifico a Vuestras Majestades que las montañas que desde antes de ayer he visto por estas costas, creo que no las hay más altas en el Mundo.

Las montañas son *altísimas* y *llegan al cielo*, en las lagunas *cabrían todas las naos de España*. Es este continente hiperbólico que comienza a dejarse ver por primera vez por ojos europeos.

Como ya dijimos, Colón es un navegante, busca y encuentra buenos puertos, entradas de ríos, no le interesa tanto *calar tierra*, la nave es su refugio. El martes 27 de noviembre escribe engolosinado:

Por la mañana vi al pie de aquel Cabo de Campana un puerto maravilloso y un gran río, y de allí a un cuarto de legua otro río, y de allí a media legua otro río, y dende a otra media legua otro río, y dende a una legua otro río, y dende a otra otro río, y así otros. Y los más de estos ríos tenían grandes entradas, anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandisimas, sin bancos de arena, ni de peña ni resingas.

La sintaxis se le estira en oraciones polisindéticas, aparecen los superlativos, utiliza otras veces la palabra *cosa*, vacía de significado, para nombrar lo desconocido.

Cada isla que encuentra le parece a Colón más grande, más hermosa,

Para hacer relación a los Reyes de los cosas que veíamos no bastarán mil lenguas para referirlo ni su mano para escribirlo, que me parecía que estaba como encantado.

dice el 27 de noviembre. Pareciera que no le alcanza su español florecido de otras lenguas romances y apenas puede comparar algunos peces y valles con los de Castilla. No es suficiente decir que lo que ve es *infinito*, y comienza a agrandar sus propias hipérbolos: *Este puerto es hermosísimo y cabrían en él cuantas naves hay en la cristiandad*. (20 de diciembre) Al día siguiente ve otro puerto donde *cabrían todas las naos del mundo*. Pero Colón advierte que su

sorpresa no cesa y que cada día los hallazgos son más impresionantes, y el 21 de diciembre dice: *...y como he loado tanto los pasados ya no sé como encarecer éste y me temo sea juzgado por magnificador excesivo*. La magnificencia americana agota su capacidad de expresión.

Humanamente le sucede lo mismo que con la geografía, cada población de aborígenes que conoce le parece más numerosa y agradable que la anterior. Toda la naturaleza lo supera, los peces de colores, los pájaros, la vegetación. Ya no sabe cómo escribir porque ha hablado todo lo que pudo *en superlativo grado*. Y ni siquiera sospecha que aquello es la punta del ovillo de un continente. Al verse obligado a regresar a España por la separación con la Pinta, habla con una resignación enternecedora por la ignorancia que muestra: dice que no quería partir hasta no haber visto *toda* esa tierra que iba hacia el este. Aún volviendo no cesa el asombro y dice el sábado 12 de enero: *Pero quedé espantado de ver que esta isla Española era tan grande*.

La tormenta que sufrirá en medio del océano le traerá problemas de vida o muerte pero no de expresión, el navegante aparece allí cómodamente entre sus vocablos marineros, de regreso a su dimensión europea y conocida.

LA INMENSIDAD INCORPORADA

«...y el camino lamenta ser el culpable de la distancia.»

Atahualpa Yupanqui

Más tarde llegó Hernán Cortés, que a diferencia de Colón, quemó las naves para obligar a sus soldados a meterse a *calar tierra*. También a él su gente lo consideró un loco que los hundía en el horror, haciéndolos marchar tierra adentro. También Cortés se vio ante la dificultad de describirle el infinito al rey de España en las *Cartas de la Conquista de México*. En el diario de Colón se suceden las islas como si fueran una sola que se repite y se agranda en un sueño; lo mismo pasa en las cartas de Cortés, donde los

poblados que preceden al encuentro con Moctezuma tienen algo de pesadilla repetitiva que se agranda y se multiplica. En ambas repeticiones inacabables se siente la distancia, la nueva dimensión que experimentan estos europeos. Percibimos la insignificancia del hombre ante la naturaleza y la barbarie. Sin duda este mundo insólito y desproporcionado amplía la visión del mundo que tenía Europa.

Los nativos o los hijos de europeos nacidos ya en América tendrán asimilada la distancia, serán hombres atravesados de horizonte, gente de inmensidad incorporada.

Ya no hablarán como relatando un sueño inexplicable, sino desde dentro mismo de ese sueño que es América. El Inca Garcilaso, por ejemplo, describirá lo que vivió con la soltura y el desenvolvimiento del lugareño y buen conocedor.

Sarmiento dice en el *Facundo*:

La poesía para despertarse, (...) necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, (...) ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina, el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el

peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

Es una descripción del argentino que puede aplicarse al americano. Sarmiento parece preanunciar, así, el *Canto General* de Neruda, el «caminar, caminar, caminar» de los reseros en el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Es la vastedad, la misma que protagoniza *La Cautiva* de Echeverría y sirve de escenario a Martín Fierro.

Así vemos que las palabras del Viejo Mundo servían perfectamente para describir, por ejemplo, a Don Quijote andando entre pueblos que no distan entre sí más de un galope, pero en el Nuevo Mundo tan dilatado hizo falta dilatar de la misma manera el idioma. Al agrandarse el significado, hubo que agrandar el significante. Ya vimos cómo Colón, a medida que entra en una parte del nuevo continente, se va tornando hiperbólico y superlativo. Así también le sucedió a los demás cronistas de Indias y luego voluntariamente, o no, a escritores como García Márquez. Pero los efectos de la desmesura americana no sólo son la hipérbole, la magia y el estilo desaforado; también se necesitó ampliar el vocabulario. Pareciera que hasta la aparición de vocablos como «pampa», «puna», «altiplano», «Patagonia», no hubo palabras que contuviesen la extensión real de estos territorios americanos.

Pedro Mairal
4º Año Letras.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS, Germán, *Biografía del Caribe*. Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- ARCINIEGAS, Germán, *El Continente de Siete Colores*. Buenos Aires, Sudamericana, 1965.
- COLÓN, Cristóbal, *Diario de a bordo*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de la Conquista de México*. Madrid, Sarpe, 1985.
- SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*. Buenos Aires, Estrada, 1953.

